

UNO EN EL MUNDIAL

Hoy es el día del milagro. A las 10:30 horas de México, 1,000 millones de personas en todo el planeta — los cinco continentes — estarán siguiendo por televisión el primer grito de la XI Copa del Mundo de Fútbol.

En México, seremos fácilmente 30 millones quienes, desde casas, departamentos, vecindades, cantinas, taquerías, fábricas, talleres, haciendas, clubes o rancherías, seguiremos esa opción hipnótica: el mundial.

Irónicamente, el espectáculo más universal de nuestro tiempo no es un hecho político, ni religioso; no es una hazaña humana y tecnológica — como el viaje a la Luna —, no es un acontecimiento artístico, ni una catástrofe natural.

Como diría Borges: 22 jugadores y una pelota han desplazado la vida. En realidad, un juego, industrializado por los mecanismos de producción de la industria del espectáculo, convertido en mito por los medios de comunicación, manipulado por la ideología de los poderosos como droga de las masas, es este hecho universal, ese nuevo milagro de nuestro siglo.

Sin embargo, como se sabe, el poder de las imágenes es engañoso. A las 10:30 veremos, sin duda, una panorámica del estadio de River Plate de Buenos Aires, cubierto por 75 mil espectadores.

Tocarán las bandas militares, se soltarán globos y palomas, surgirán figuras alegóricas, desfilarán las delegaciones en medio del aleteo de palomas y el flamear de las banderas y, finalmente, hablará el general Jorge Rafael Videla.

Pero esa no será la Argentina verdadera. ¿Escucharemos, acaso, los gritos de la carne mutilada, vejada, rota en los gabinetes de tortura de la Escuela de Mecánica de la Armada, que está a diez cuadras del estado de River?

¿Se oirá el murmullo de los cuerpos que aparecieron volados con dinamita, en infinidad de masacres colectivas? ¿Cantarán en las pantallas de televisión los presos políticos, y los familiares de los rehenes, desaparecidos o asesinados desde el 24 de marzo de 1976?

¿Y, quizá, percibiremos la opinión de los trabajadores, que ven nacer este mundial a un costo de 700 millones de dólares, mientras ellos han perdido el 50 por ciento de su —ya ínfima— capacidad de consumo?

¿Se oirá la voz del hombre común, del argentino amante de la democracia y de los cambios, en esa sociedad donde se ha liquidado el pluralismo, los derechos humanos y las libertades democráticas?

Este mundial nace entre distintos signos. Un grupo de cancerólogos, varios de ellos ganadores del Premio Nobel, organizarán en octubre un congreso paralelo de su especialidad al que se proyecta en Buenos Aires. Se niegan a ir a ese país.

Los jugadores Platini y Maier ya han señalado que no saludarán a las autoridades argentinas.

El ministro Martínez de Hoz es recibido en Pekín; el primer comprador de exportaciones argentinas, la URSS, guarda silencio. Y las relaciones entre Estados Unidos y aquel país del Río de la Plata pasan por el peor momento de su historia.

Distintos signos pero una misma batalla política atraviesan a esta Copa del Mundo. Por un lado, para el gobierno militar este torneo es la posibilidad de legitimar su imagen ante la opinión pública internacional.

Desde ese punto de vista, el esfuerzo del régimen de Videla es evidente. Pero, por otro lado, más allá del pragmatismo — a veces oportunista — a que obliga el tablero del mundo, hay una cuestión insoslayable: los intereses del pueblo argentino.

En este sentido, será una victoria hacer del mundial de fútbol una caja de resonancia en la lucha por la libertad de los presos, por la vigencia de los derechos humanos, por el retorno a las elecciones libres y al pluralismo político, por devolver a ese país — y a todo el Cono Sur de América — a condiciones humanas y dignas de convivencia en el marco del avance del movimiento popular.

No son simples palabras o consignas: detrás de lo que veamos hoy por las pantallas, habrá una realidad de pesadilla. Saberlo no es malo. Saberlo es, quizás, un nivel de solidaridad mínima con los pueblos de aquellas latitudes. Luego vendrá el fútbol: jugarán Alemania y Polonia. La clase obrera — que apenas puede comer — no estará, como otras veces, en las tribunas del viejo estadio de Núñez.